

Biblioteca-Films

La venganza de Crimilda



Núm. 58

**25
cénts.**



Margarita
SEHNEN

Año II

Nºm. 58

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Calabria, 96

O Teléfono 173 - H
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA MILITAR

La venganza de Crimilda

2.^a y última parte de
LOS NIBELUNGOS (Sigfrido)

Trágica leyenda de intriga y emoción sublimes que
relata la venganza de una mujer de férreo temple
que no se aviene a la pérdida del ser amado

EXCLUSIVAS VERDAGUER S. A.

Consejo de Ciento, 290 - Barcelona

PERSONAJES

Crimilda	Margarete Sehoen
El Rey Gunther	Teodor Laos
Hagen Tronje	Hans Adalbert

INTÉPRETES

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

I

Es tan gallarda la figura del héroe Sigfrido, víctima de la traición alevosa de Hagen Tronje, que su recuerdo vive perenne en el corazón de su esposa Crimilda, quien sólo ansía tomar cumplida venganza de los culpables de su muerte.

Crimilda vióse forzada a aceptar la hospitalidad que le brindara su hermano el Rey Gunther, esposo de Brunilda. Esta, por tardío remordimiento, se había quitado la vida junto al lecho de muerte de Sigfrido.

La viuda del héroe que diera muerte al dragón y rescatara el tesoro nibelungo, no pasa un solo día sin visitar la tumba de su amado esposo; y siempre, antes de abandonar aquel tétrico lugar, vuelve a jurar venganza para el asesino de su amado. Y siempre cuando sale del lugar donde está situado el sepulcro, reparte limosnas entre todos los menesterosos en memoria de su esposo, e invariablemente amonestaba a los mendigos mientras las repartía:

—¡ Para que recéis al Cielo, pidiendo severo castigo para el asesino de mi esposo !

Un día, a la puesta del sol se presentó al Rey Gunther un pajé:

—¡ Rey Gunther, el Margrave Rudiger de Bechlan, solicita audiencia !

—¡ Que entre !

Un corpulento guerrero armado y con coraza de escamas penetró en el salón: era el Margrave Rudiger de Bechlan, que habló de este modo y con una voz de trueno:

—Señor, vengo como Embajador del Rey Atila, al que llaman Señor de la Tierra, y es temido por todos y por todos acatado. Y este invicto Rey, gloria de las legiones invencibles de nuestro ejército, me manda pedir la mano de vuestra hermana Crimilda a quin desea hacer su esposa.

—Supongo que el Rey Atila debe ignorar que mi hermana es la viuda del guerrero más valiente que vieron las edades.

—Atila lo sabe; y podéis creer que su valor supera al de cualquier héroe de edades pretéritas.

—Haced la petición a mi hermana.—En aquel momento Crimilda entraba en la sala.
—¡ Esta es mi hermana ! —añadió Gunther.

—Reina, el poderoso Atila me envía para solicitar para él tu mano.

Crimilda se acercó majestuosa al Embajador y clavando en él sus ojos, contestó:

—Cuéstame creer que el Rey Atila se atreva a pedir mi mano. Tal vez al verme en casa de mi hermano, donde no se me guarda el debido respeto, le ha dado valor para arriesgar su osada petición...

Crimilda volvió su faz iracunda hacia su hermano y le dijo:

—Antes de autorizar a un bárbaro guerrero a que pida mi mano, debieras ayudarme a vengar la muerte de Sigfrido, al que juraste fidelidad. ¡ Entrégame al asesino de mi esposo o no habrá paz para tu conciencia !

—No puedo castigar a Hagen Tronje, porque al servirme lo hizo sólo pensando en la seguridad de mi reino y en el esplendor de nuestras armas, que tu esposo eclipsaba.

Crimilda dirigió una mirada de desprecio a su hermano y fuése hacia sus habitaciones. Sin embargo, el paje de Crimilda fué a encontrar a Rudiger de Bechlan y le dijo:

—Señor, Crimilda, mi Reina y señora, desea hablaros después del toque de queda.

Cuando Hagen Tronje, el tuerto y avieso autor del asesinato de Sigfrido, supo que un emisario solicitaba la mano de Crimilda para el Rey Atila, fuése al subterráneo donde se guardaban los tesoros de los Nibelungos y, con la ayuda de su coraza, los transportó al Rhin donde los arrojó. El mismo explica el motivo de este hecho a Gerenot, con estas palabras:

—Tomo mis precauciones, Gerenot. Se trata de la seguridad de Borgoña y este tesoro podría ser causa de codicia y motivo de ataques de nuestros enemigos.

El paje al servicio de Crimilda vió como Hagen Tronje arrojaba al río el preciado tesoro Nibelungo y avisó de ello a su señora.

Aquella noche Crimilda tuvo una entrevista con el Margrave Rudiger de Bechlan.

—Margrave Rudiger, he pensado la proposición que vuestro Rey Atila me hace y quiero haceros unas preguntas.

—Decid, Reina Crimilda; pronto estoy a satisfacerlos.

—He visto que no ignorabais quien era Sigfrido; pero lo que seguramente debéis ignorar es la iniquidad que contra él se cometió.

—Lo ignoro.

—Escuchadme.

Crimilda contó la vida de su malogrado esposo: la muerte del dragón; la conquista del tesoro de los Nibelungos; su llegada a Worms; su casamiento; la derrota de las Walkirias con todas las proezas que precedieron al casamiento de su hermano el Rey Gunther con Brunilda; las envidias de Hagen Tronje, que preparó la muerte del héroe y, por fin, su alevosa muerte (1). Y añadió:

—Desde la muerte de Sigfrido, la idea de venganza germinó en mi corazón y cada día, sobre sus restos mortales, renuevo el juramento de vengar al héroe. Si el Rey Atila es tan poderoso y valiente como dices, Margrave Rudiger, y quiere juntar sus destinos a los míos, yo no tengo ningún inconveniente en casarme con él; pero con una sola condición.

—¡Oh Reina Crimilda! mi Rey os desea para él y os aseguro que con tal de casarse con vos cumplirá cuantas condiciones le impongáis.

—Una sola: que su gladio triunfador sea el instrumento de mi venganza en la cabeza de Hagen Tronje, matador de Sigfrido.

—El Rey Atila será el brazo que os vengará.

—¡Jurádmelo!

El Margrave Rudiger extendió su diestra y pronunció solemnemente:

—¡Lo juro!

Crimilda tomó la espada de Rudiger que

(1) Puede el lector enterarse de las proezas que aquí se apuntan leyendo el núm. 29 de Biblioteca Films titulado *Los Nibelungos (Sigfrido)*.

deseó vaino y presentándosela con un gesto majestático, mandó:

—¡ Jurádmelo en nombre de vuestro Rey sobre el filo de vuestra espada !

Rudiger flectó la rodilla, extendió su brazo y, poniendo sus dedos anular e índice sobre el filo de su propia espada, juró:

—¡ Juro en nombre de Atila que si os casáis con él os vengaré de la muerte de Sigfrido !

—Está bien. Mañana partiremos.

Antes de emprender el viaje, quiso Crimilda visitar la tumba de su esposo y ante ella renovó el juramento que pronunciara ante el cadáver de su amado Sigfrido:

—Ocúltate tras la autoridad del Rey, o en los altares de Dios, o vete al fin del mundo, lo mismo me da... ¡ Mi venganza sabrá alcanzarte, traidor Hagen Tronje !

También quiso Crimilda visitar el lugar en donde Sigfrido cayó atravesado por la jabalina de Hagen Tronje. Aquella noche había nevado copiosamente y una sábana blanca cubría todo el bosque. Llegó Crimilda al lado del arroyo donde bebía Sigfrido al caer herido de muerte. Se arrodilló, escarbó la nieve hasta descubrir la tierra que había sido empapada en la sangre del héroe y, tomando un pañuelo de aquella tierra, la envolvió en un pañuelo de seda, exclamando:

—Tú bebiste la sangre de Sigfrido; espera, tierra, que también te daré a beber la del asesino.

Aquella misma tarde se dispuso la partida de Crimilda en compañía del Margrave Rudiger de Bechlan. No quiso despedirse de su madre, la Reina Ute, ni de sus hermanos, el

Rey Gunther y el Príncipe Giselher; sólo lo hizo de su difunto marido, ante cuyo sepulcro pronunció:

—¡ Adiós, Sigfrido !... ¡ Te juro que volveré y entonces ya te habré vengado !

El paje adicto a su reina no quiso separarse de ella y para seguirla acudió a una estratagema. Cuando los carros que llevaban los efectos de Crimilde se pusieron en marcha, el paje se escondió dentro de uno de ellos.

II

Llegó Crimilda a las tierras conquistadas por los Hunos cuando empezaba a florecer la primavera. Apenas divisán la comitiva, los vigías que atalayan la llegada de Crimilda y Rudiger corren a avisar a Atila, el terrible rey que dominaba a sus pueblos con su aspecto feroz y con su espada triunfadora con la que había sometido a todos los pueblos donde sus huestes pusieron sus plantas. Atila había prometido una bolsa de oro al primero que le anunciase la llegada de la mujer a quien escogiera para ser su esposa. Uno de los vigías póstrase ante el Rey y pronuncia estas sencillas palabras que llenan de contento al monarca bárbaro:

—Señor, el Margrave Rudiger llega con la reina Crimilda... Mía es la bolsa de oro.

—Tuya será si es cierta la noticia.

Atila, que había hecho construir su palacio entre abruptos peñascos, llamó a su hermano:

—Blaodel, hermano mío, sal al encuentro de la reina Crimilda y ordena que me traigan mis mejores vestiduras.

Obedeció Blaodel y, momentos después, cabalgaba al encuentro de la futura esposa de su hermano. Cuando estuvo ante ella, postróse reverente, diciéndole:



... fuése al Subterráneo donde se guardaban los tesoros de los Nibelungos y, con la ayuda de su coraza los transportó al Rhin... (pág. 4)

—Reina, Blaodel, hermano del Rey Atila, te honra deseándote la bienvenida.

Poco grata fué a Crimilda la presencia de aquellos salvajes y la horrible fealdad del hombre que iba a ser su esposo; pero su único anhelo de venganza le daba fuerzas para soportarlo todo.

Cuando Atila apercibió a aquella mujer tan hermosa se emocionó vivamente. Para aquel

rey bárbaro el matrimonio con Crimilda representaba la única cosa grande de su existencia. Fué aquel sólo momento en que dejaba la espada para apercibirse de que tenía corazón. No se atrevía a acercarse a aquella mujer a quien recibía con honores de divinidad. Juntó sus manos sonriente y se inclinó ante aquella majestad, atreviéndose sólo a decir:

—¡Sé bienvenida a mi hogar, Reina!

Luego volvióse a su embajador:

—¡Margrave Rudiger! —le dijo—, has cumplido mi encargo y por ello te cedo uno de mis reinos!

Margrave Rudiger—pronunció Crimilda—preguntad al Rey Atila si refrenda vuestro juramento de vengar los ultrajes que se me han inferido por Hagen Tronje.

Rudiger explicó a su rey el juramento que en su nombre había hecho a la Reina y Atila contestó:

—Por mi honor juro que si alguien ofendiera a la que desde hoy es mi reina, morirá por mi brazo.

Y postrándose ante ella, con su adoración ratificó su juramento.

Al día siguiente de la llegada de Crimilda, ésta y Atila se casaron, y el Rey quiso que se celebrara esta ceremonia con gran pompa y mucho aparato.

Después de haber pasado juntos varios meses el rey bárbaro volvió a guerrear pues tal era, según él, la razón de su existencia. *Azote de la tierra* se llamaba, y su misión era la de llevar la desolación y la muerte a los pueblos de la tierra. Fué a poner cerco a Roma con sus bárbaras huestes.

Diez lunas habían transcurrido, cuando un emisario enviado por Crimilda al campo de batalla donde peleaba Atila, anunció a éste:

—Rey, la reina Crimilda te ha regalado un heredero.

Atila creyó volverse loco de contento. Sin esperar un minuto más montó a caballo y voló al lado de su esposa.

Esta, al contemplar a aquel hijo, sentía en su ser dulces e insospechadas ternuras por considerarle como una seguridad de su venganza.

En un galopar frenético Atila acortaba la distancia que le separaba de su hijo. Llegó por fin y, riendo como un demente, precipítose dentro de la habitación donde la reina, sentada al lado de la cunita donde dormía su hijo, le contemplaba como gozándose ya en su venganza. Atila cayó ante su esposa y adoró la augusta maternidad, divino poder ante el que se humilla reverente su ferocidad legendaria. Luego avanzó hasta la cuna donde reposaba su hijo a quien cogió y levantó entre sus rudas manos avezadas a blandir el acero. Reía, lloraba, gesticulaba; no sabía lo que le pasaba ni podía analizar los sentimientos de su corazón emocionado.

—Crimilda—dijo Atila—, por primera vez en mi vida se humedecen mis ojos. Siento algo desconocido, algo que es la verdadera felicidad.

—Ya que te sientes tan feliz, Atila—suplicó la reina—, voy a pedirte un favor.

—Habla y que se cumpla cuanto deseas.

—Si quieres honrarme invita a comer en nuestra compañía a mi hermano Gunther.

—¡Blaodel, Blaodel! —llamó Atila.

Presentóse aquél y prosiguió el rey:

—Blaodel, cabalga a Worms sin reposo y ruega al hermano de mi esposa, al Rey Gunther, que se digne ser mi huésped, para celebrar juntos la bienandanza de haberme dado la reina un hijo.

—Voy al punto a emprender la marcha—contestó el hermano de Atila—, y te prometo, hermano, que no he de descansar hasta llegar a Worms.

El deseo manifestado por Crimilda no era más que un anhelo del mismo sentimiento de venganza que corroía su alma con un odio mortal hacia el miserable Hagen Tronje. Bien sabía ella que ni su hermano se atrevería a salir de Worms sin la compañía de su menguado intendente, ni éste le dejaría partir sin acompañarle donde quiera que fuese. Hagen Tronje sabía que su rey podía correr peligro entre aquellos bárbaros, y, aunque tenía una alma mezquina y un corazón empedernido en el mal, era valiente y nunca el peligro hizo mella en su espíritu, ni menguó el valor de su brazo indómito e invencible. Por eso determinó, como Crimilda lo había previsto, acompañar al Rey Gunther a las tierras conquistadas por los Hunos.

Días después de su partida, Blaodel estuvo de regreso cerca de su hermano a quien anunció:

—Hermano, Gunther, tu cuñado acepta tu invitación y pronto él y los más nobles borgoñeses serán tus huéspedes.

—¿Qué has sabido de Worms? —preguntóle la reina.

—Señora—contestó Blaodel—, tu madre la reina Ute y tus hermanos Gunther y Giselher, invitados por el Margrave Rudiger de Bechlán

a quien mi hermano hiciera rey por haberte ido a buscar, han estado en la nueva Corte de Bechlan y fueron obsequiados en tal forma y con tantos agasajos y muestras de simpatía, que tu madre no ha titubeado en pedir para tu hermano Giselher la mano de la hija de Rüdiger, llamada Dietlinda, tan bella como discreta.

—¿Se han casado ya? —preguntó la reina con interés.

—Ya se han casado y con buen augurio. Tu hermano Gunther ha bendecido esta unión con estas palabras: *Por este matrimonio uno Bechlan y Borgoña con el lazo del amor, un corazón, una vida y una muerte.*

—¿Y qué es del sanguinario Hagen Tronje? —inquirió Crimilda.

—Hagen Tronje, desde tu salida de Worms, cíñe la espada Nothung que perteneció a Sigfrido.

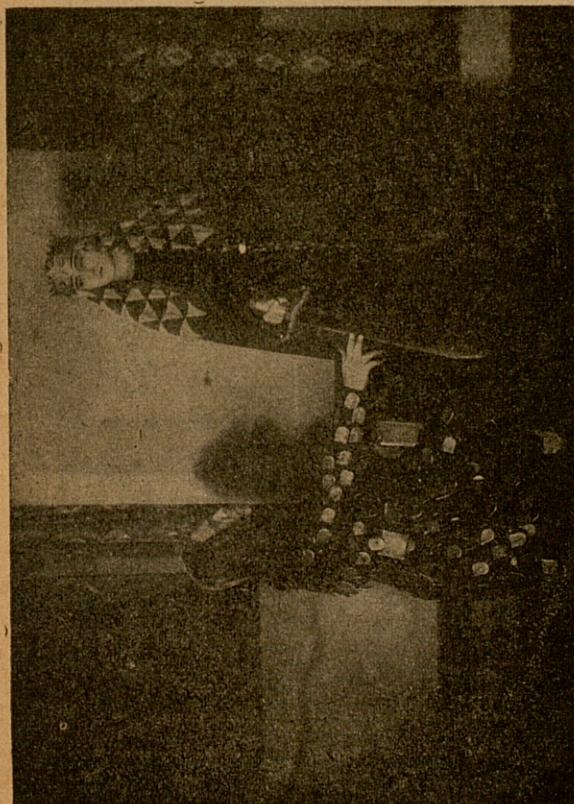
—¡Que ella le sirva de mal para su daño! —replicó Crimilda.

—Cuando yo comuniqué a tu hermano la invitación del mío, Hagen Tronje pronunció iracundo: «Borgoñeses, antes de que el Rey Atila llegue a saludarlos, no olvidéis que es la vengativa Crimilda quien os invita..»

—Bien está, Blaodel, veo que no olvida Hagen Tronje la terrible deuda que pesa sobre su conciencia.

III

Era la víspera del solsticio, cuando los borgoñeses, a cuyo frente iba el Rey Gunther, arrivarón a la corte de Atila. No faltó en la comitiva el tuerto y avieso intendente que, pa-



Rüdiger flectó la rodilla, extendió su brazo y, poniendo sus dedos anular e índice sobre el filo de su propia espada, juró... (pág. 6)

ra causar más horror a Crimilda, ceñía con cínico alarde la famosa Nothung que había pertenecido a su esposo Sigfrido; la espada de sus grandes hazañas, que había pertenecido a su padre Sigmundo, en cuyas manos había perdido su maravillosa virtud y que él había vuelto a templar en la fragua de Mimo, haciéndola recobrar su virtud; con ella venciera al dragón y matara a Alberico. A la vista de la famosa Nothung, Crimilda se estremeció y una oleada de sangre coloreó su faz y sus ansias de venganza se acrecieron.

Crimilda, con el corazón lacerado por la muerte de Sigfrido, no quiso saludar a sus hermanos Gunther y Giselher, quienes parecían hacerse solidarios de Hagen Tronje. ¡Cuán difícil le era olvidar!

Cuando Crimilda estuvo a solas con su esposo le rememoró su promesa:

—Rey Atila, te recuerdo tu juramento: el asesino de Sigfrido está en tus manos.

—Dime, Reina—le replicó Atila—, ¿acaso es por amor a tu primer esposo que me quieres hacer matar?

—Por eso, por el amor que aún vibra en mi pecho por Sigfrido, quiero que mates a su asesino.

—Lucharé con Hagen Tronje hasta que uno de los dos muera si él te faltara a ti...

—No debes batirte con un asesino, sino darle muerte vil como a un canalla e impío que es, y follón y mal nacido.

—¿Olvidas que es mi huésped?
—Me lo juraste por la vida de tu hijo. ¡Cumple, oh Rey, tu palabra de honor!
—Nací en el desierto y entre fieras me crié;

pero es sagrado para mí el deber de la hospitalidad... Mientras Hagen Tronje no turbe la paz de mi casa gozará tranquilidad completa en mis dominios.

Comprendió Crimilda que su esposo no se doblegaba a sus deseos y recurrió a otro resorte. Al caer de aquella misma tarde reunió a los guerreros que formaban la escolta de su esposo y les dijo:

—Quien aspire a mi gratitud que recuerde mis amargos dolores... ¡Hunos valientes, a quien me traiga la cabeza de Hagen Tronje le llenaré el escudo de oro!

Y diciendo esto, la reina vació un bolso de monedas de oro ante los guerreros que la escuchaban; y añadió:

—Sólo os prohíbo que causéis daño a mis hermanos.

Hagen Tronje, a pesar de su ferocidad, gustaba de que el trovador Volker Von Alzey—que también formaba parte de la comitiva que con el Rey Gunther había ido a visitar a Atila—le cantara dulces trovas.

La noche ya había extendido en el firmamento su manto tachonado de lucecitas brillantes que la luz mortecina de una luna llena azulaba. Hagen Tronje llamó al trovador Von Alzey.

—Volker, la nostalgia del Rhin entristece mi alma, ven aquí afuera; lo apacible de la noche y la claridad de la luna convidan a oír una de tus trovas.

Salieron ambos a la puerta del palacio y se sentaron en unos rústicos asientos labrados en la roca.

—Hagen Tronje, ¿qué queréis que os cante?
 —¿Qué quieres cantar ha quien ha nacido cabe el Rhin, y en sus orillas vive y en el Rhin quiero que se sepulte mi cuerpo?... Cántame una de las inspiradas leyendas que han fulgurado en la mente de nuestros poetas eximios... ¡Cántame el Rhin!

—Os cantaré la leyenda de Loreley.
 Afinó Volker el trithan, especie de violoncelo de tres cuerdas, luego inició una introducción dulcísima como el rumor del agua deslizándose en el legendario río y cantó:

I

A la orilla del Rhin, río sagrado,
 levántase el castillo
 de Loreley
 sobre un monte escarpado.
 Cuenta la leyenda
 que en tiempo pasado
 era aquel castillo
 palacio encantado :
 mora en sus contornos,
 Loreley, sirena
 que sube al castillo
 cuando hay luna llena.
 Cuando el sol tras las rocas tramontaba
 Loreley sobre un risco se sentaba
 y, peinando su hermosa cabellera
 con peine de oro, poníase hechicera.
 Y los barqueros
 entre el silbar del viento
 y el susurro del agua
 parecían oír este lamento :
 Navegante, navegante,
 oye mis trovas, no huyas de mí,
 que si me desencantas con tus amores
 soy para ti.

Soy Loreley la hermosa
 que un vil hechizo me aprisionó,
 y quedare encantada
 si no me salvas por el amor.
 ¡Ven, navegante,
 rema hacia aquí,
 que mis encantos
 son para ti!

II

Era un día de invierno crudo y frío,
 el sol ya se ocultaba
 tras Loreley,
 mientras murmuraba el río.

En aquel momento
 doncel navegante
 en frágil esquife
 bogaba anhelante.
 Al ver el castillo
 recuerda su mente
 las tristes leyendas
 que cuenta la gente.

Y a través de su ardiente fantasía
 parecióle que Loreley cantaba,
 peinando su cabello, y él creía
 oír su voz que suave le llamaba.

Y el inexperto
 hacia la peña rema
 donde está Loreley,
 sólo oyendo el cantar de la sirena :
 Navegante, navegante, etc.

—¡Calla! —mandó Hagen Tronje poniéndose en pie al propio tiempo que ponía su diestra sobre la empuñadura de la famosa Nothung—. Oigo pasos sigilosos en la sombra que me hueleen a traición. Mis oídos vigilantes me alvieren el peligro que me amenaza.

Y mientras las últimas notas de su instrumento y el eco de su voz se perdían entre

aquellos peñascales, en la sombra se fraguaba el puñal con el que se quería herir a Hagen Tronje. Deseosos los Hunos de obtener la recompensa ofrecida, acechan al malvado Intendente y, escudados por las sombras de la noche, se deslizaban agazapados por los rincones, dirigiéndose empuñando sus puñales, hacia donde Hagen Tronje escucha el canto del trovador Volker.

Los Hunos, que querían sorprender por la espalda a Hagen Tronje, notaron su actitud dispuesta a la defensa y la sola presencia del fornido guerrero, cuyas hazañas todos conocían, llenóles de temor y les hizo retroceder.

—Sigue cantando tu trova, Volker—pronunció Hagen con el continente tranquilo.

El trovador reanudó su trova:

III

Y rema hacia las peñas con presteza
ardiendo en fuego insano
tras Loreley,
la sin igual belleza.
Cuando su deseo
lograr parecía
y aquel dulce canto
más cercano oíra,
creyendo el incauto
gozar paz suprema
de ideal belleza,
no ve donde rema.

Y lanzando su barca hacia la orilla
con locura y ardor desesperado,
estrelló su ligera navecilla
quedando entre las aguas sepultado.

Navegante, navegante,
no oigas las trovas del falso amor,
que no hallarás la dicha

en los placeres que dan dolor.

*Las Loreley hermosas
que con sus trovas brindan placer
son falsas y traidoras
cuál la sirena de Loreley.*

IV

Los Hunos, en compañía de los herederos del tesoro de los Nibelungos, festejaron el solsticio. Atila quiso sentar por primera vez a su mesa a los hermanos de Crimilda y a los nobles que les habían acompañado. Hagen Tronje, antes de ir al banquete, aconsejó al Rey Gunther:

—¡Oh Rey!, no dejes que tus guerreros asistan a esta comida sin ceñir las espadas, y tú mismo guarda la tuya en el cinto. Más aún, haz que los guerreros que forman tu escolta adornen el local donde se celebre el banquete llevando sus escudos.

—La comida es de paz.

—La comida, sí; pero los comensales son guerreros; además tu hermana asistirá a ella. Créeme, si quieres paz prepárate para la guerra.

Gunther tuvo en cuenta la indicación de su Intendente y se presentó al banquete ciñendo su espada, lo propio que los demás borgoñeses. Una vez sentados todos los comensales, preguntó el anfitrión:

—¿Es uso en la Corte de Worms sentarse a la mesa con arreos bélicos?

—Rey Atila—contestó Hagen Tronje—, los borgoñeses no abandonan nunca sus espadas cuando están fuera de casa.

Entretanto, preparada por Crimilda, se estaba fraguando una horrible tragedia, pronta

a estallar, en la sala donde, en medio de cantos báquicos, comían y se refocilaban en aparente amable consorcio, las servidumbres de los reyes Atila y Gunther.



—Tu bebiste la sangre de Sigfrido; espera, tierra, que también te daré a beber la del asesino (pág. 6)

Durante el banquete el Rey de los Hunos dijo al de Borgoña:

—Rey Gunther, quiero presentarte a mi augusto hijo, tu sobrino: él presidirá este banquete. Blaodel—mandó Atila a su hermano—, haz que traigan a mi hijo.

Obedeció Blaodel y momentos después Atila sentó entre él y Crimilda a su heredero.

Hagen Tronje, con su único ojo bueno, seguía todos los movimientos de los servidores

de la mesa y no comía ni bebía, sin observar antes que las viandas y licores eran ingeridos por Crimilda y por su esposo. Era el único que estaba ojo avizor. Cuando vió al hijo de Crimilda en la sala del convite, dijo en voz baja a Gunther:

—Témome que la gente de armas sea mala compañía para el hijo de Atila.

Continuaban los cánticos en la sala donde comían los servidores hunos y borgoñeses, cuando, como obedeciendo a una consigna, los primeros se arrojaron sobre los segundos dando muerte y malhiriendo a algunos; varios que pudieron escapar de la refriega presentáronse en la sala del festín gritando:

—¡Traición, Rey Gunther, los hunos nos han preparado una emboscada!

Al oír esto Hagen Tronje desenvainó su espada, la terrible Nothung, y dió una mirada de odio a Crimilda.

Ignorante Atila de cuanto se fraguaba, pues todo era obra de su esposa, sintió que se hubiese faltado a la ley de hospitalidad, y salió precipitadamente para indagar las causas de aquella riña que había degenerado en combate. Crimilda tomó a su hijo en sus brazos. Entretanto el Rey Gunther voceaba:

—¡A mí, borgoñeses!

Veinte escudos rodearon al rey de Worms. Hagen Tronje rugía de cólera. Crimilda, apretando entre sus brazos al hijo de sus entrañas, se disponía a salir de la sala; pero Hagen Tronje avanzó hacia ella y, arrebátándoselo, le puso sobre la mesa y le hundió en el pecho su espada, estremeciéndose de horror hasta sus propios partidarios.

Alocada, fuera de sí, Crimilda corrió hacia su esposo:

—¡ Rey Atila, el huésped a quien querías respetar ha dado muerte a tu hijo !

—¡ ¡ Oh ! ! ... ¡ ¡ Miserable ! ! ... ¡ ¡ Hijo mío, yo te vengaré ! !

La Reina, como la estatua del dolor, quedó de pie a la puerta del palacio. Como vinieran hacia ella los hunos diciéndole: «Reina, no queda un huno con vida», ella les contestó impasible, con los ojos fulgurando en odio y venganza :

—¡ Hunos, vengad a vuestros muertos !

—¡ Es imposible, Reina, las espadas de esos borgoñeses despiden la muerte, son invencibles !

—¡ Os pido —repitió Crimilda! —que venréis a vuestros muertos y al hijo de vuestro Rey !

—Obedeced a la Reina. Hace bien en querer destruirlo todo. Yo mismo combatiré por ella cuando Hagen Tronje salga.

Y dirigiéndose a Crimilda prosiguió :

—Tal vez el amor no llegó a unirnos; pero ahora, muerto nuestro hijo, el odio a Hagen Tronje funde nuestras almas.

—Sabe, ¡ oh Rey Atila ! , que jamás te he amado como en este momento al hacer tuyos mis agravios.

Enfurecidos volvieron los guerreros de Atila a atacar a los borgoñeses; pero éstos se escudaban con sus rodelas y escudos, llevando los hunos la peor suerte en el combate.

Aunque no temblaba su brazo, Giselher no sentía el furor del combate; su unión con Dietlinda, hija del Margrave Rudiger que com-

batía por parte de Crimilda, restaba odio a su alma. Por eso fué hasta la escalinata que daba acceso al castillo o palacio, y gritó a su hermana, quien, desde la parte inferior contemplaba la lucha :

—Crimilda hermana mía, ¿ por qué hemos de derramar tanta sangre inútilmente ?

—¡ Entrégame al asesino de Sigfrido que lo es también de mi hijo !

V

A la caída de la tarde de aquel día aciago proseguía la lucha encarnizada. Los sucesores de los Nibelungos sitiados en el castillo de Atila, se defendían como leones, y los hunos caían, heridos de muerte, por el filo de las espadas borgoñonas. El Margrave Rudiger de Bechlán temía por la vida de su hijo político, hermano de Crimilda, y hasta titubeó su ánimo para lanzarse en su defensa, y como Atila le dijera : —Desigual es el combate, la próxima luna no hallará a un borgoñón con vida —contestó Rudiger : —Y si muere Giselher que es el esposo de mi hija, ¿ qué va a ser de mi pobre Dietlinda ?

—Te suplico, Rudiger, que permanezcas neutral. La sangre pide sangre; caiga la culpa sobre el que derramó la primera gota.

Crimilda, siempre de pie frente a la puerta principal del castillo, dijo a uno de los que estaban a su lado :

—Llama a Rudiger.

Llegó el Margrave y Crimilda dijole con solemnidad :

—Margrave Rudiger de Bechlán, llegó la hora solemne de cumplir tu juramento.

—Reina...

—Margrave, te exijo que me entregues el asesino de Sigfrido.

—¿Me mandas, oh reina, contra tu hermano al que juré lealtad?

—Recuerda que, antes que a él, me juraste sobre el filo de tu espada vengarme del hombre que mató a Sigfrido.

—Reina, yo bendecí los esponsales de tu hermano Giselher con mi hija Dietlinda.

—No te mando contra mis hermanos, sino contra el asesino de Sigfrido y del hijo de Atila... ¡Cumple tu juramento, Rudiger!... ¡Véngame, si no quieres ser perjurio!

El Margrave Rudiger bajó la cabeza y fuése armado con todas las armas a llamar al gran portalón tras del cual se parapetaban los partidarios del Rey Gunther, a cuyo frente está Hagen Tronje.

—¡Abrid, abrid! —clama Rudiger golpeando la puerta forrada de hierro.

Uno de los guerreros preguntó:

—¿Quién sois?

—¡Soy Rudiger de Bechlán!

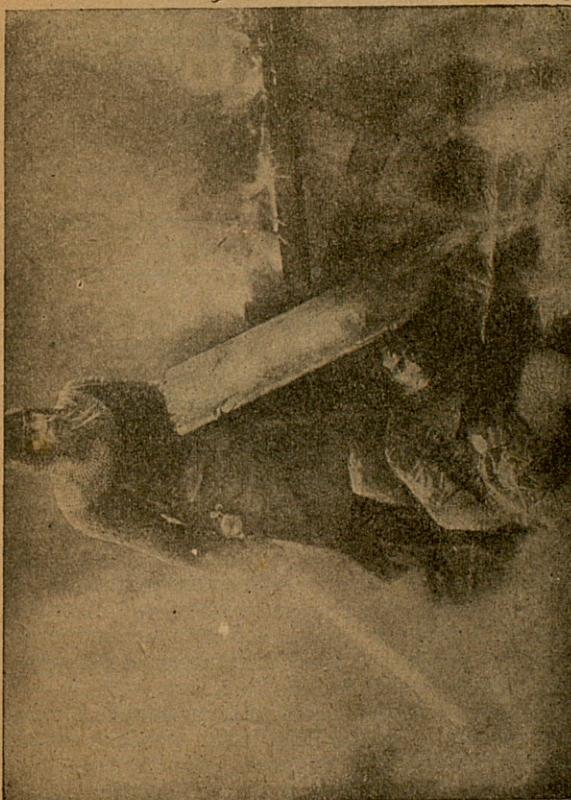
Volvió el guerrero y anunció al Rey Gunther y a los que con él estaban:

—El Margrave Rudiger llama a la puerta.

—¡Nos traerá la libertad! —exclamó Giselher lleno de gozo.

—No, no —gruñó Hagen Tronje —, nos trae la muerte, y si os queréis convencer abridle.

Abrieron las puertas y presentóse Rudiger ante los sitiados armado de punta en blanco. Su izquierda empuñaba la rodelá y su diestra



...corrió hacia él y le cubrió con su escudo... (pág. 29)

la tizona. Giselher se acercó a su padre político y le preguntó:

—¿Qué resolución nos aconsejas, padre?
—Que entreguéis la cabeza de Hagen Tronje.

—¡Oh!—exclamaron los presentes.

Hagen Tronje, con sonrisa mordaz, replicó:
—Ven a buscarla tú, Rudiger.

—A por ella vengo, Hagen. Apréstate a la defensa si no...

Y diciendo esto levantó su espada para dirigirse contra el tuerto Intendente; pero Giselher lo escudó con su cuerpo y quiso oponerse al ataque.

—Desiste, padre—pronunció Giselher—, de atentar contra la vida de quien defiende la mía y la de mi hermano el Rey Gunther; de otro modo me veré en la precisión de oponer a la vuestra mi espada.

Al mismo tiempo que tal hablaba al ver Giselher que el padre de su esposa, Rudiger, que había bendecido su unión con la hermosa Dietlinda, se lanzaba espada en mano contra Hagen, que esperaba con la sonrisa en los labios, el joven se interpuso y, sin querer, Rudiger le atravesó el cuello con su acero. Rodó al suelo Giselher bañado en su sangre, lanzando un ¡ay! horrible que hizo estremecer al Margrave, quien exclamó dolorido:

—¡Oh, Giselher, hijo mío, tu sangre ahoga mi pecho!... ¡Oh, Dietlinda, perdona a tu padre!...

Luego, dirigiéndose a Hagen Tronje,

—¡Miserable!...—rugió—¡Ahí tienes otra víctima!

Dijo y arremetió contra el Intendente que lo esperaba con los brazos cruzados y sonrién-

dose cínico y amenazador; pero veinte escudos lo cubrieron y otras tantas espadas apuntaron al Margrave, que cayó herido.

VI

Al final de aquel día Atila ordenó el asalto del castillo donde estaban sitiados Gunther y los suyos, con orden de que, una vez se hubiese dado muerte a Hagen Tronje se dejase en libertad a los demás.

Se inició el asalto. Los hunos que lograron escalar los muros del primer recinto, ataron escaleras de cuerdas por las que escalaron los asaltantes, pero apercibidos los borgoñeses cortaron algunas de aquellas escalas y los racimos de hombres que subían por ellas caían en los fosos dando horribles alaridos; otros, que lograban alcanzar la parte superior del muro, cuando llegaban a poner sus manos en la parte alta caían también acuchillados o con las manos cortadas por las tizonas de los defensores.

Tres veces los hunos intentaron el ataque y otras tantas fueron vencidos por el bélico ardor y el diabólico coraje de los partidarios defensores de Hagen Tronje.

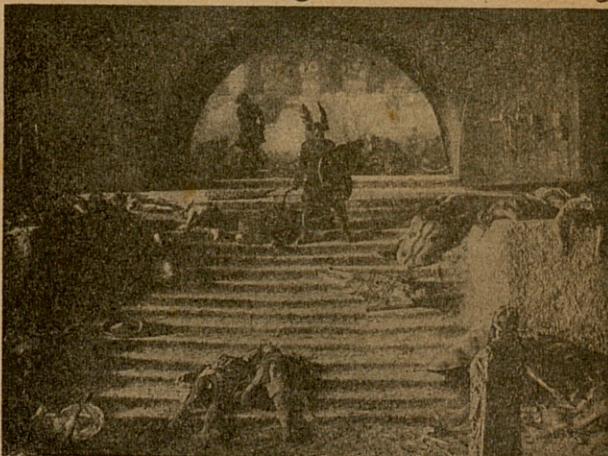
Crimilda contemplaba impasible aquel cuadro de horrores, lanzando sus ojos llamas de venganza.

Al extender la noche su negro manto sobre aquel lugar de dolores, cesaron los asaltantes supervivientes sus ataques, tanto por impotencia de los hunos, como por el valor indomable de los sitiados.

Entonces mandó Crimilda a sus arqueros:

—Atad a vuestras flechas teas encendidas y arrojadlas dentro de la fortaleza... ¡Que arda todo!

Un momento después, vióse cruzar los aires,



—*Recreate en tu obra, oh vengativa Crimilda!* (pág. 30)

en dirección al castillo, una verdadera lluvia de llamas. Fué un espectáculo horriblemente sorprendente. Los sitiados apagaron las primeras teas; pero fueron tantas las que llovieron sobre el techado del palacio o castillo, que viéronse impotentes para apagarlas todas y momentos después el castillo era una inmensa hoguera. Con horripilante fragor, desplomóse parte de la techumbre que sepultó a muchos de aquellos borgoñeses. El Rey Gunther fué he-

rido por una de las vigas que cayó ardiendo. Hagen Tronje, aquel hombre de acero, al ver en tierra a su rey, corrió hacia él y lo cubrió con su escudo protegiéndole contra la lluvia de fuego que sobre él caía. Aquel guerrero invulnerable, en medio del fragor que producía el techo al desplomarse, y rodeado de llamas, empuñando en su diestra la espada y en su izquierda el escudo, rugiendo de rabia, parecía el genio del mal triunfador de la muerte.

Al ver tan mal parado a su rey, Hagen Tronje le dijo:

—Os he sido siempre fiel y no quiero que el Rey Gunther muera entre las llamas. Yo mismo llevaré mi cabeza a la vengativa Crimilda.

—No quiero el sacrificio de tu vida, Hagen—contestó el Rey—, la lealtad que no rompieron las espadas tampoco la podrá fundir el fuego...

Apenas había dicho esto cayó sobre Gunther un paño de pared que lo dejó sepultado.

Sólo el temple de hierro de Hagen Tronje pudo resistir la horrible tortura sin ceder. En su orgullo halló fuerzas inagotables.

Hagen Tronje volvióse siempre sonriente hacia el trovador Volker Von Alzey:

—Volker—mandóle—, afina el trithan, el chisporrotear de estas vigas acompañará tu última trova... ¡Canta, canta al padre Rhin!

El trovador se sentó y acompañándose con su instrumento cantó:

¡ Oh padre Rhin de las verdes riberas,
oye mi canto !

No cantó más: un madero encendido cayó

sobre él y lo dejó exánime abrazado a su instrumento.

A la mañana siguiente el castillo no era más que una inmensa pira de ruinas humeantes sobre un montón de cadáveres. Sólo quedaban con vida Hagen Tronje y media docena más de sus partidarios.

Crimilda permanecía de pie, con los brazos cruzados, como la estatua de la venganza, ante las escalinatas que daban acceso a la puerta principal del castillo, sembradas de cadáveres.

Apareció en la puerta Hagen Tronje blandiendo en su mano derecha unas disciplinas con las que parecía amenazar al Rey Atila. Al ver a Crimilda le gritó riendo cínicamente:

—¡ Recréate en tu venganza, oh vengativa Crimilda, muertos están tus hermanos, muerto Rudiger y los suyos !...

—Sí, pero aún vive Hagen Tronje, el causante de tantos crímenes.

Por fin, los hunos aprisionaron a Hagen Tronje y lo llevaron a la presencia de Crimilda maniatado.

—Aquí me tienes, reina vengativa—dijo Hagen Tronje, bajando las escaleras.

Uno de los guerreros quitó a Hagen Tronje la espada que ceñía, la famosa Nothung, y se la entregó a Crimilda.

La reina tomó la Nothung y la besó, luego preguntó al Intendente:

—Dime, Hagen Tronje, ¿ dónde has puesto el tesoró de los Nibelungos ?

—Juré no revelarlo a nadie mientras viviera el Rey Gunther; ahora que él ha muerto, sólo Dios y yo sabemos donde está el tesoro y te

juro, Crimilda, que yo no lo revelaré y Dios... no es menos callado que yo.

—No importa; prepárate a morir, Hagen Tronje.

—Aquí tienes mi cabeza... ¿ Qué esperas ?

Crimilda levantó con ambas manos la espada de Sigfrido y con toda la fuerza que le prestaba su sed de venganza descargó un terrible tajo en el cuello de Hagen, gritando :

—¡ Muere, asesino !

Un raudal de sangre brotó de la herida; el coloso se tambaleó y cayó de bruces en un charco de sangre.

Crimilda sacó de su faltriquera un pañuelo de seda que contenía la tierra recogida en el lugar donde Sigfrido había muerto, lo desató y arrojándola en el charco de la que manaba del cuello de Hagen Tronje, dijo :

—Bebe, tierra; bebe la sangre del asesino que derramó la inocente en que estás impregnada, bebe hasta saciarlo como saciada está mi venganza.

Luego abrazó la Nothung, clamando :

—¡ Por fin vuelves a mí, espada de mi querido Sigfrido ! Ya vengué la ofensa. ¡ Cumplí mi destino !

Atila dijo a su hermano :

—Bloadel, ahora conduce a Crimilda a la tierra donde reposa su esposo amado. Siempre fué suya. No aspiro a disfrutar amor que no me pertenece.

—¡ Gracias, Atila !

Próximo número, el 21 de abril:

la insuperable comedia dramática, según
la famosa novela de LEOTA MORGAN

Los hijos de los hombres pobres

emocionante y sentimental asunto

Protagonista **MARY ALDEN**

Postal la de esta eminentemente trágica

— Precio: **25 céntimos** —



Principales corresponsales a quienes pueden
dirigirse los coleccionistas para adquirir núme-
ros atrasados:

Madrid: D. Manuel Castro; Mazarredo, 4

Valencia: D. Vicente Pastor; Nave, 15

Zaragoza: La Protectora; Méndez Núñez, 36

XII

XII

Éxito incomparable del segundo libro de
FILMS DE AMOR



Ya está a la venta

LA TIERRA PROMETIDA

Delicada novela de amor

por

RAQUEL MELLER

y

TINA MELLER

No deje usted de adquirirlo inmediatamente
antes que se agoten



Cubiertas a varias tintas

Solo cuesta 50 céntimos